



Un hito histórico inadvertido

An unnoticed historic landmark

■ Todo lo que de verdad es sustancial siempre pasa de puntillas, oculto dentro del aluvión de noticias diarias, que con frecuencia, más que para informarnos, parece estar diseñado para distraer nuestra atención de lo que es más interesante. Y es que el año pasado los humanos levantamos otro importante jalón en nuestro devenir histórico. Por primera vez más de la mitad de los individuos que pueblan el Planeta, que ya son unos 6.600 millones, viven en áreas urbanas. Si solo nos ceñimos a nuestra especie, la del “mono desnudo”, y dejamos a un lado a otras criaturas que también formaron parte del género *Homo* —o bien podrían integrarse dentro de éste, polémica que no procede atender en este escrito—, podemos asegurar que acabamos de romper con una tradición que comenzó hace cerca de 200.000 años, y que ha hecho que el hombre viva mayormente en medio de la naturaleza o en áreas rurales y no en las ciudades. Los antecedentes y pormenores que han posibilitado tal ruptura con la tradición vienen recogidos en un reciente informe (*State of world population 2007*) publicado por el Fondo de Población de las Naciones Unidas (United Nations Population Fund, UNFPA, www.unfpa.org).

Los datos que recoge son de gran interés. Así, por ejemplo, se puede leer que a lo largo del siglo pasado la población urbana mundial experimentó un crecimiento vertiginoso, pasando de 220 millones a 2.800 millones. Esta tendencia parece que no va a remitir, al menos, a medio plazo y se hará notar de forma llamativa en África y Asia, donde el número de urbanitas se va a duplicar en una sola generación. Y en dos décadas más, cuando se alcance el ecuador del siglo en el que vivimos, las ciudades de los países en desarrollo albergarán previsiblemente al 80% de la población urbana.

Pero, en honor a la verdad, este informe —aunque con él se pone fecha a un hito histórico y se ordenan datos y reflexiones sobre el ascenso de las urbes— debe verse como una forma de dar continuidad a las llamadas de atención sobre el asunto de los organismos internacionales y las agencias multilaterales. Conviene recordar, por ejemplo, que los (ocho) *Objetivos de Desarrollo del Milenio de Naciones Unidas* (www.un.org/spanish/millenniumgoals), que hay que alcanzar en 2015, ya demandan las medidas oportunas para reducir la creciente magnitud de la pobreza urbana,



Aeropuerto Jorge Newbery de Buenos Aires, la décima urbe más grande del mundo. Obsérvese sobre la ciudad la nube de smog (fotografía de J. L. Puerta).

como apunta la Meta 11 incluida en el Objetivo 7 (“Garantizar la sostenibilidad del medio ambiente”). De igual manera, la *Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo*, que se celebró en El Cairo en septiembre de 1994 y contó con las delegaciones de 179 Estados que participaron en las negociaciones para dar forma definitiva a un *Programa de Acción sobre Población y Desarrollo* (www.un.org/spanish/conferences/accion2.htm), exhortó a los gobiernos a “satisfacer las necesidades de seguridad personal, infraestructuras y servicios básicos de todos los ciudadanos, incluidos los habitantes de asentamientos ilegales en zonas urbanas, así como eliminar los problemas sanitarios y sociales”.

Pero, como destaca el mencionado informe de UNFPA, hasta el momento el elenco de actividades y programas realizados ha estado en gran medida centrado en intervenciones sobre problemas perentorios, y ha olvidado que la realidad es tozuda, esto es, que el éxodo de las zonas rurales a la ciudad es un hecho imparable. De nada

sirve, por ejemplo, como se explica en su capítulo tercero, que muchos dirigentes políticos sigan tratando de evitar el crecimiento urbano mediante la denegación de los servicios más básicos u otras medidas con las que solo se logra conculcar los derechos más elementales de las personas. (Si los responsables de formular las políticas nacionales piensan que las tasas de crecimiento urbano son perjudiciales para el desarrollo de su país, han de dictar providencias y crear incentivos que sean compatibles con los derechos humanos.) Quizá para evitar estas situaciones, el mensaje a lo largo del informe es muy claro. En este momento crítico, tiene una importancia capital lograr una acción internacional coordinada para establecer, mediante criterios ciertos y contrastados, las mejores opciones en materia de políticas públicas, de suerte que el desarrollo de las ciudades tenga, por un lado, rostro humano y, por otro lado, no perjudique aún más a la Naturaleza (hay que yugular en lo posible la "huella urbana"). Con estas premisas, los gobiernos locales y nacionales —que pueden verse apoyados por instituciones civiles, organismos internacionales y agencias bilaterales— podrán ir adoptando medidas más efectivas que cambien las condiciones sociales, económicas o medioambientales, a la par que facilitan el acceso a la educación universal de aquellos grupos que más lo precisan.

El aumento previsto de los habitantes urbanos en Asia y África, donde se pasará de 1.700 millones a 3.400 millones en las próximas tres décadas, y el escaso nivel de recursos de las ciudades de esas regiones, nos debe hacer ver la necesidad de encontrar una respuesta más imaginativa, sin renunciar al pragmatismo. Ello exigiría aceptar de manera realista lo que depara el futuro, conocer con más cabalidad los problemas en las megaurbes e instaurar planes que tengan en cuenta las experiencias, necesidades y expectativas de los pobres de las urbes. De esta manera se podrá ir más allá de las simples medidas de ayuda social con las que frecuentemente se expropia, aunque estén cargadas de buena intención, la dignidad de sus destinatarios.

* * *

Al igual que siempre, los que hacemos esta *Revista de Humanidades* agradecemos a los amables lectores sus comentarios y a nuestra benefactora, la Fundación Pfizer, el apoyo incondicional con el que nos distingue. Hasta el próximo mes de noviembre.

José Luis Puerta